

Caras llenas de alegría y esperanza. En sus chispeantes ojos se podía ver cómo los sueños se entremezclaban con la realidad de su mocedad.

En el centro del parque estaba un quiosco donde vendían tortas y pambazos y nieves de varios sabores. Alrededor había bancas de hierro fundido y macetones como de mármol.

CAPITULO 2

La fiesta de mis quince años fue inolvidable; viví el mundo rosa de los cuentos. Asistió el chico que aceleraba mi corazón: Paulo Emilio. Hizo su servicio social ahí y luego instaló su consultorio médico. Estudió medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México, se graduó con mención honorífica. Era alto, educado, atlético, pelo castaño, ojos claros. Pertenecía a una familia unida y amorosa. En las conversaciones me platicaba de sus papás y de toda la familia.

La primera pieza musical la bailé con él. Era carismático. Se nutría del conocimiento de los demás según me lo aseguraba. Como médico era acertado en sus diagnósticos: sus pacientes sanaban a la primera receta. Estaba labrando fama de buen médico. ¡Por supuesto que llamaba mi atención! Yo también le atraía. Disfrutamos el baile. Todas las miradas estaban sobre nosotros.

Luego bailé con mi papá, después con primos y con compañeros que me lo solicitaban. Mientras danzaba, el joven médico permanecía al lado de la pista de baile. Sus ojos no dejaban de mirarme, en ningún momento dejó de sonreír; sólo a mí me veía. Cuánto hubieran dado las otras chicas por bailar una pieza con mi pretendiente. Sin control, mis ojos lo buscaban como los árboles buscan el sol.

Mi papá invitó a la fiesta al señor Bladimir con quien había hecho buena amistad. Le participó a papá que él obsequiaría varias botellas de vino importado y algunos embutidos. Aparentaba unos 40 años, era soltero, nunca había estado casado; su plática era amena, según mi papá. Familiares nuestros que se enteraron del “detalle”, supusieron que lo hizo porque mi papá, que sabía de ganado, salvó a varios de sus animales de una epidemia, y que según con esto le devolvía el favor. Mi papá y él se habían caído bien.

AL BAILAR, mi pretendiente balanceaba su cuerpo con lentitud pero con ritmo. Junto a él las canciones me envolvían; la fiesta era el mundo de los dos. Bladimir conversaba alegremente con mi mamá cuando papá recorría las mesas saludando a los invitados.

Todos mis compañeros de escuela asistieron, solo faltaron dos: Jorge, que estaba enfermo, y Joel, que acompañó a sus papás a visitar a su abuelita que estaba delicada de salud. Todos se divertieron y bailaron hasta la saciedad.

Alguien dio la orden para que los meseros sirvieran los alimentos, yo no tenía hambre, tampoco mi pretendiente; nos interesaba bailar. Cuando nos daba sed hacíamos una pausa para ir a tomar unos sorbos de refresco. Cuando a mi pretendiente le ofrecían licor sonriente declinaba la invitación. Cual más invitaba a Paulo Emilio a que se sentara en su mesa; con gentileza agradecía las cortesías pero él deseaba permanecer cerca de mí. Ese día conocí el amor de juventud, fue algo maravilloso.

Departir con Paulo Emilio me emocionaba, mi corazón percutía de euforia, era la profundidad del éxtasis. Después de bailar varias piezas, mi joven galán me pidió que fuéramos a la mesa para comer algo, accedí; lo tomé como una cariñosa orden.

Con elegantes movimientos mi pretendiente separó la silla, me coloqué delante, la deslizó hacia el frente, me senté. Él quedó a mi lado. Tomó la servilleta bordada con mi nombre en color rosa, la desdobló, la colocó sobre mi pierna, se levantó un poco de la silla para alcanzar una botella de vino que sacó de la bandeja con hielo. Miró con detenimiento la etiqueta, me explicó que ese vino había sido producido en el viñedo de Borgoña, en Francia. Me habló del sabor, aroma, bouquet y otros detalles; en seguida tomó mi copa, me dijo que por esa ocasión omitiría el ritual de servirme unas gotas para probarlas y decidir si lo tomaba. Desconocía el sabor de esa bebida, nunca antes la había tomado. Con su mano derecha tomó la botella, la inclinó para verter el líquido en la copa que sostenía con la izquierda, la levantó, hizo movimientos circulares, observo qué tanto se pintaban las paredes con el vino, me dijo: Zalia, es buen vino, puedes tomarlo con confianza.

En la mesa donde estaban mis papás había rebanadas de pierna de pavo, chorizo español, nuez de la india, jamones, salami y otros productos que no recuerdo. Los había obsequiado Bladimir.

Con la vista busqué a mi papá, con discretas señas le consulté si podía tomar la bebida; movió la cabeza afirmativamente. Algo susurró al oído de mi mamá, los dos sonrieron. Una semana después me enteré que mi galán había conseguido la aceptación de mis papás.

Hubo un detalle que en ese momento me llamó la atención: Bladimir se fijaba más en mi pretendiente que en mí. Mis papás no dejaban solo a Bladimir, mientras uno se retiraba el otro permanecía con el amigo.

El día estaba despejado y caluroso. Mis compañeros, agitados de tanto bailar, bebían con ansias las bebidas; no tomaban licor, sus familias se los prohibían.

Hubo música toda la tarde. Cuando se venció el tiempo contratado el amigo de papá llamó con señas a uno de sus ayudantes para murmurarle al oído que les dijera a los músicos que continuaran tocando, él cubriría el pago de ahí en adelante. Cumplida la orden, desde lejos el emisario hizo un ademán dándole a entender que habían aceptado. ¡La instrucción se había cumplido! Mis papás agradecieron las cortesías del cacique por el detalle. Cómo se me va a olvidar la sensación de rozar su cara con la mía al momento de bailar. En sus ojos veía dos luceros.

Una de las pocas veces que me senté me sacó a bailar Ricardo, el hermano de Bladimir. Al terminar la canción me regresó a la mesa. Inmediatamente llegó mi amiga Rossina, acercó su boca a mi oído, en tono doliente espetó: “¡Maldito!, ¿Por qué vino?” Me sorprendió el comentario, no supe a qué se refería, especulé que era una simple expresión de animadversión hacia esa persona. Mi amiga cerró los puños de sus blancas manos, hizo prolongada pausa, lo siguió con la mirada.

Cumplía quince años, dejaba atrás mi niñez para convertirme en una dama; de niña pasaba a ser mujer. Ya podía tener novio con permiso; Paulo Emilio lo sabía, por eso se me declaró. Me dijo: “Tu reluciente figura ha llenado mis ojos por donde a veces brotan lágrimas”. De sus apetitosos labios brotó mi nombre, con suave entonación me expresó: “Te amo como las rosas aman el verano, te necesito como las aves necesitan sus alas”. Y continuó: “La resplandeciente luz que en tu cara veo llega a mi corazón; también está iluminando el camino de mi sueño hecho realidad. Después de los libros que me dieron la sabiduría que ahora guarda mi cabeza, mi embeleso eres tú; desde ahora vivirás en mi corazón”. Sentí esas palabras como gotas de lluvia fresca cayendo sobre mi cuerpo.

Ansiosa esperaba la pregunta. Le miré a los ojos, sentí que el cielo se abría, la sangre se agolpaba en mis venas. Mi corazón latía fuerte. Prosiguió: “Evitar amarte es como impedir que el sol brille...”. De su boca salían palabras dulces. Otra vez le vi a los ojos, parecían suplicantes. A mi alrededor los chicos cantaban y bailaban. Las palabras de los señores rebotaban en las mesas. El vino arrancaba euforia de sus cuerpos. Estaba absorta, sentía que flotaba; éramos como dos aves que batían sus impalpables alas.

Deslizó su mano desde mi cintura hasta tocar mi pelo con sus dedos, lo hizo dos veces; sentí esa extraña sensación. “Estoy fascinado con el aroma de tu perfume, es de azahares, puedo asegurar que cuando eran flor estaban celosamente vigiladas por los ojos del mismo sol que ha cuidado de ti. Te amo más que lo que digan las palabras. Desde que supe de ti te llevo en mi mente”. Su mano apretaba la mía, su brazo me envolvía, sentía su pulso.

Aún no me había pedido que fuéramos novios pero deseaba seguir escuchando esas bellas y dulces frases. Para mí, había sol en día nublado; el calor del amor logró fundirnos en uno, sería para siempre. No éramos los únicos enamorados, había otras parejas que se veían con ojos de amor, platicaban sin hablarse; se comunicaban a través de sus almas.

Esa tarde fue el momento más feliz de mi adolescencia. “Por favor mi querida Zalia, extiende tus manos para tocar el amor, escalemos juntos el arcoíris. Para mí, estar junto a ti es una realidad, no un sueño, porque los sueños son para los que duermen y yo, contigo a mi lado, deseo disfrutar despierto todo”. Estas frases emocionaron mi alma.

“Necesito tu piel, necesito tu olor, quiero entrar a tu corazón, quiero ser tu eterno enamorado; quiero que me conteste tu alma. No sabes cuántas veces tuve que ver el cielo para que la mujer que imaginé llegara a mí; perdí la cuenta de los años que pasaron antes de encontrarte. Ahora que estás frente a mí no permitiré que nada se interponga en nuestra relación de amor. Nada se opondrá a que ésta tarde mis sueños se hagan realidad”. Me decía convencido.

Vi en su cara la ansiedad de un enamorado que espera ser aceptado por la mujer que ama. Cuando me pidió que fuera su novia, a pesar que esperaba esa pregunta, sentí una sensación de frío y calor a la vez; perdí el ritmo de la música, no recuerdo si las manos me sudaban. Debía darle el “Sí”, no podía prolongar ese estado de reacciones encontradas, caería desmayada si no me apresuraba a contestarle. Él me observaba con ansias de sellar el pacto, estaba dispuesto a tomar en su alma mi vida de adolescente. Me veía con pasión; pero otro tipo de pasión: la del amor verdadero.

Los de la mesa de honor permanecían ajenos a nuestro idilio, no escuchaban las campanitas que sonaban en mi cabeza.

Paulo Emilio no me amaría de vez en cuando como suele ocurrir con otros noviazgos, él me amaría para siempre, para toda la vida. Aquel 15 de mayo estaba con el hombre más codiciado de mi fiesta. De pronto aparecieron deseos de llorar pero de alegría.

POR FIN LLEGÓ LA PREGUNTA. Una frase me regresó súbitamente a la pista de baile: “Dime que sí, mi pequeña hermosa”. Miré a mí alrededor, tuve deseos de gritar ¡Sí! Fue un momento de desconcierto. Voltee a ver a mis papás, luego vi los adornos que pendían del techo, mi corazón se quería salir del cuerpo... ¡Debía decirle que sí! ¡Le dije que sí!

Me prestó atención con ternura, me dijo: “Gracias a mi Dios que me escuchó, recé todos estos días para que me aceptaras como el hombre de tu amor y de tu vida”.

Paulo Emilio me dijo que a partir de ese momento nuestros caminos se unían, que desde que me conoció formé parte de sus recuerdos. Regresamos a la mesa, tomé un trago de agua, mi mamá y yo nos miramos, se sonrió conmigo, guiñó un ojo, levantó la copa con agua, me dijo: ¡Salud! Correspondí diciendo en voz alzada: ¡Salud!, anunciando el pacto de amor que habíamos sellado Paulo Emilio y yo. ¡Mamá había descubierto que ya éramos novios!

Mi novio descansó su brazo sobre el respaldo de mi silla, con su mano rozó mi espalda, acercó su cara a mi oído, me expresó: “Soy tuyo, Zalia. Para que tengas la seguridad de mi amor por ti te pido que preguntes a mi corazón, te dirá la verdad”. La canción que estaban tocando cuando Paulo Emilio me pidió que fuera su novia fue: “Y la amo” de los Beatles. Hasta la fecha adoro esa canción.

Lo más hermoso pasó por mi mente. Podía afirmar que lo nuestro no sería polvo en el viento. Colocó su mano encima de la mía que estaba sobre mi pierna, nadie vio. Pensé en decirles a mis papás al siguiente día de la fiesta. Como habíamos platicado lo necesario en ese rato, nos quedamos callados para ponerle atención a las pláticas de los mayores. Después de unos minutos alejó su mano de la mía, me miró fijamente, guiñó un ojo, colocó las manos sobre la mesa, con el tenedor tomó un pedazo de pastel.

Eran las ocho de la noche. Las fiestas de quince años terminaban a las nueve, a veces un poco después. Yo hubiese deseado que se prolongara por días. A las ocho y media la gente empezó a despedirse. Primero de mí, luego de mis papás.

Al siguiente día bajé a desayunar más tarde que de costumbre. Mi mamá preparaba el desayuno para cuatro personas: mi mamá, dos primos y yo.

—Buenos días a todos... ¿Y papá? —le cuestioné a mi mamá.

—Lo invitó a desayunar nuestro amigo Bladimir.

—¿Regresará para comer?

—Sí, comerá con nosotros.

Con los efectos de la fantasía vuelta realidad, me dirigí al lugar en la mesa que desde pequeña ocupaba.

—¿Y mis tíos?

—Se levantaron tarde, estuvimos platicando hasta noche; apenas se están bañando. ¿Ya se te olvidó que es domingo?

—No, mami, lo tengo presente —le confirmé.

En eso estábamos cuando me hizo el comentario que no imaginaba.

—Anoche se te declaró el muchacho, ¿verdad?

—Sí, mamá. ¿Cómo te diste cuenta?

—varios nos dimos cuenta, recuerda que los ojos estaban puestos sobre ti.

—Sí, pero...

—No te preocupes, hija, tu papá también lo notó.

Estaba ansiosa por escuchar el veredicto de mi papá, quería saber su opinión...
¡Me urgía!

Mamá observó mi preocupación; acotó la conversación para expresarse.

—No te preocupes, hija, lo platicamos tu papá y yo, aceptamos tu noviazgo con el joven médico. Es un buen muchacho, pertenece a una buena familia, bien integrada; además, en la universidad fue brillante —Estaba sorprendida de tanta información, hasta ese momento no sabía de dónde la habían obtenido—. Son de León, Guanajuato, viven en el Distrito Federal —agregó mi mamá delante de los primos.

—Anoche —continuó—, mientras bailaban se acercó un amigo de nosotros, se expresó de manera elogiosa del doctor y de su familia; también es de Guanajuato. Independientemente de lo que nos hayan dicho cuentas con nuestra aceptación y nuestro apoyo, como siempre.

El comentario de mi mamá me tranquilizó, tuve deseos de gritar “¡gracias!” con toda la fuerza de mis pulmones; me contuve, le dije que esas palabras me hacían muy feliz; me abalancé hacia ella para darle un abrazo, me colgué de su cuello, ella me tomó por la cintura, casi me levanta del piso. Mi madre, siempre amó a mi papá. Sabía de eso. En el pueblo de dijo que Bladimir contribuyó con parte de los gastos de mi fiesta para que papá se viera comprometido a curar gratis a sus animales.

CAPÍTULO 3

Ocho días después de mi fiesta llegó a la casa una señora como de 60 años. Vestía ropas estampadas en colores fuertes, falda larga, colganderos en el cuello; cubría su cabeza con una pañoleta roja anudada en la nuca. En la mano traía unas ramas envueltas en papel de estraza del utilizado en las panaderías para envolver el pan. Abrió la puerta, saludó, sin esperar más hizo dos preguntas.

—¿Eres la agraciada niña que acaba de cumplir quince años?

—Sí, soy yo —le respondí, en seguida le pregunté:

—¿Que desea usted, señora, a quien busca?

—Tu mamá está en casa? —atajó.

—Sí, permítame por favor, ahora le llamo.

Entré, me seguí hasta el traspatio donde mi madre le daba de comer a unos conejos que le habían regalado.

—En la puerta está una señora de extraño aspecto, te busca, dice que no se ven desde hace tiempo... que trae noticias que te quiere dar.

—Pásala a la sala, dile que enseguida estoy con ella.